

El Maestro Gallego

REVISTA SEMANAL DE ENSEÑANZA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	<i>Pesetas</i>
Al año.	6
Al semestre.	3
Al trimestre.	1'25

DIRECTOR.—D. Gerardo Alvarez Limeses.

ADMINISTRADOR.—D. Adolfo Gallego Martínez.

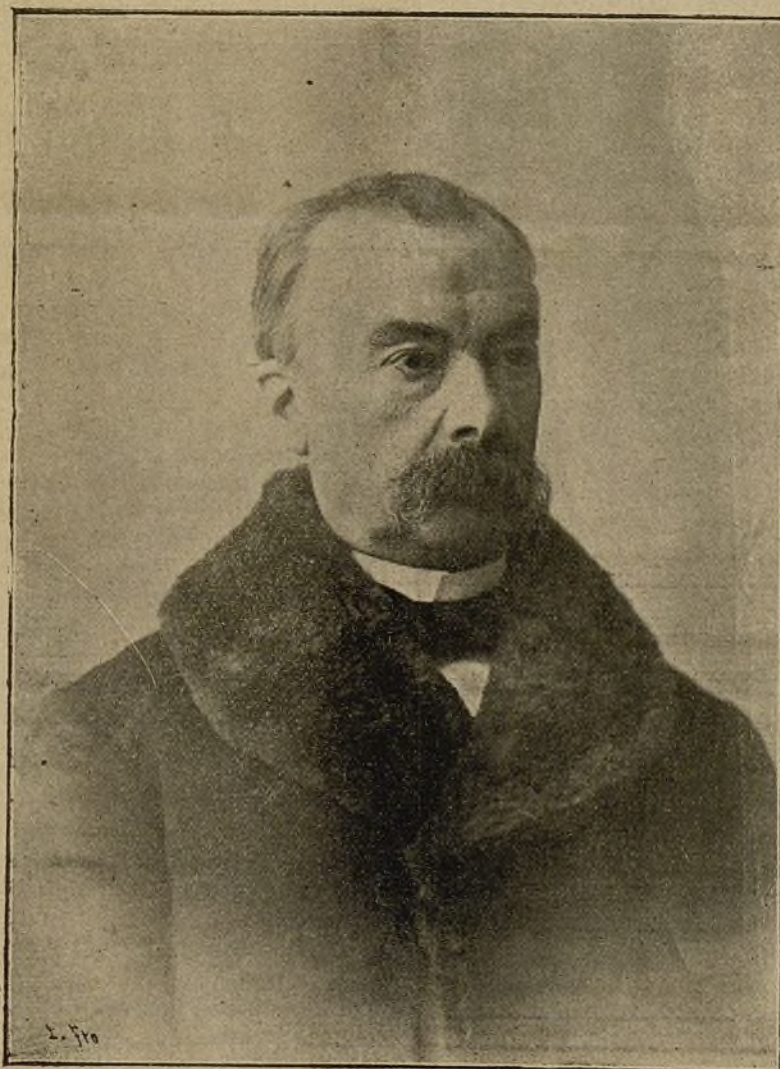
Toda la correspondencia al director, Corregidor, 18.

SE PUBLICA

los días 8, 15, 23 y 30 de cada mes

No se devuelven los originales.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR D. MAXIMINO TELJEIRO



† en Santiago el día 5 de Junio de 1900.

Ayuntamiento de Madrid

Honrar á un muerto, alabar á un sabio, llorar á un bienhechor de sus semejantes, he ahí lo que EL MAESTRO GALLEGO se propone, consagrandó un número á la veneranda memoria del Excmo. Sr. D. Maximino Teijeiro.

Consiga ó nó su propósito, estas páginas serán siempre un testimonio de respeto, de admiración y de pena.

De estos tres sentimientos participará siempre, al recuerdo de la inolvidable personalidad del Sr. Teijeiro,

LA REDACCIÓN.

¡Descanse en paz el alma del Sr. Teijeiro!

Aún parece que estoy viendo al excelentísimo Sr. D. Maximino Teijeiro en la asamblea pedagógica que se celebró en Pontevedra en 1894, aún conservo en mi memoria algunas ideas del brillantísimo discurso que pronunció en la sesión del día 18 de Agosto, óído con religioso silencio y frenéticamente aplaudido, aún recuerdo el calor y el entusiasmo con que defendía la manera de educar al niño íntegramente, fundándose en las verdades demostradas de las ciencias fisiológicas y psicológicas, aún repercuten en mis oídos aquellas sólidas razones y aquellos argumentos convincentes con que combatió la intervención del elemento femenino en los cargos y profesiones que entendía eran de la propia y exclusiva incumbencia de los hombres. Aquellos conceptos elevados y aquellas doctrinas basadas en la pedagogía moderna, vivirán siempre en la memoria de las numerosas ilustradas personas que oyeron el elocuentísimo discurso de D. Maximino Teijeiro, en la asamblea pedagógica de Pontevedra.

Generalmente no se alaba á una persona hasta después de muerta; entonces, no sé si por respeto á sus cenizas, si por nobleza del corazón humano, ó si por caridad cristiana, le tributamos todos los elogios que merecía en vida y hasta experimentamos cierta satisfacción íntima al manifestar todas sus bondades. Con el Sr. Teijeiro no ha sucedido esto, su caridad inagotable, su bondad inmensa, su profunda ilustración, su fama como médico, que no se contiene en los límites de Galicia ni de España, sino que traspasa las fronteras de Europa, nos obligaba ya á rendirle el culto y admiración que legítimamente nos merecía, como nos obligan ahora á descubrir con respeto ante su perdurable memoria.

Como rector de la universidad de Santiago procuraba armonizar la justicia con la satisfacción de los deseos de todos sus subordinados; como político era un modelo de fidelidad y de disciplina; como amigo era la sinceridad personificada.

Con la muerte del Sr. Teijeiro perdió la universidad de Santiago uno de sus más ilustres catedráticos; la medicina, uno de sus más esclarecidos sabios; Galicia, una de sus más legítimas glorias; España, uno de sus hombres más

eminentes; la ciencia, uno de sus amantes más fieles, y la caridad uno de sus protectores más grandes.

¡Descanse en paz el que enjugó tantas lágrimas y el que arrancó de las garras de la muerte á tantas personas desahuciadas de la ciencia médica!

¡Descanse en paz, el nunca olvidado ni bastante llorado de los pobres agradecidos que perdieron para siempre al que los socorría en sus necesidades y procuraba aliviarlos en sus dolencias!

¡Descanse en paz, el que bajó á la tumba sin enemigos y no dejó en este valle de lágrimas más que admiradores de su talento, de sus bellísimas cualidades y de su modestia!

La manifestación de duelo en Santiago, las honras que en sufragio de su alma, se han celebrado en casi todos los pueblos de Galicia, los artículos biográficos y encomiásticos que se publicaron en la prensa de Madrid y provincias, son la prueba más evidente de las simpatías y admiración que inspiraba la respetable persona de D. Maximino Teijeiro, cuya memoria deseo ver perpetuada en una estatua de bronce, como pequeño tributo á sus grandes merecimientos.

JOSÉ DURÁN ALONSO

Director de la Normal de Maestros de Orense

El último triunfo

Después de luchar mil veces con la muerte y después de haberla batido eficazmente, alcanzando no pocas victorias, con el auxilio de Aquel que todo lo puede y sin el que no hay sabiduría, aparece hoy á nuestra vista el cadáver del Maestro querido y venerado, haciéndonos pensar en que, al fin, la muerte lo venció é hizo presa en un hombre que tantas veces la ahuyentara de la cabecera de sus enfermos, derrotándola con el poderoso arsenal de armas que su sabiduría le suministraba.

¡Parece mentira, repetíamos todos alrededor del lecho del enfermo, que no haya quien salve á este hombre que á tantos salvó! La lucha era imposible, la catástrofe inevitable, y aquel enfermo tan querido sucumbió, murió, fué vencido. Así lo creímos todos en los primeros momentos en que el sentimiento domina la razón, y sin embargo, no fué así. No, el sabio Dr. Teijeiro no fué vencido en este último combate. En efecto, su entendimiento claro y despejado le permitió medir exactamente las condiciones de la lucha, comprendió bien pronto que era forzoso rendir el cuerpo y preciso salvar el alma; y, á este fin, con la penetración de siempre, escoje sus posiciones, se parapeta tras la inexpugnable trinchera de la fe y aguarda sereno el último asalto del enemigo que acometiendo con brío destruye el débil cuerpo y sobre él canta victoria. Pero este aparente triunfo duró muy poco. El alma de Teijeiro, libre de sus ligaduras terrenales, se eleva á las regiones en donde la muerte no tiene acceso y ante su grito de victoria la voz de la muerte se apaga, comprende lo efímero de su triunfo y huye, en

busca de nueva víctima, avergonzada porque su poder no alcanza á más que á destruir el miserable barro.

He aquí como á impulsos de la razón nuestras primeras impresiones se borran y allí en donde creíamos ver una derrota y un vencido, vemos la mayor de las victorias y el más envidiable vencedor.

¡Siempre lo mismo! Ese horrible fantasma de la muerte aparece constantemente á nuestros ojos como un enemigo implacable que viene á arrebatarnos el mayor de los bienes y, sin embargo, de nuestra voluntad depende que este enemigo sufra la más vergonzosa derrota, en el momento mismo en que entona el canto de la victoria. Un hombre del temple de don Maximino Teijeiro, no puede desconocer esto, su muerte lo corrobora y los que á tal prueba hemos asistido, buscamos en este piadoso pensamiento el más eficaz consuelo.

LINO TORRE SÁNCHEZ

Catedrático de Derecho.

El premio de una obra santa

En la incesante transformación y renovación de cuanto existe, poco nos importa desaparezca lo que no hizo más sino llenar un lugar en el espacio, y hasta debemos alegrarnos si vemos destruido aquello que sirvió únicamente de obstáculo á la marcha progresiva de la humanidad, en el inevitable cumplimiento de su destino.

Pero cuando la eterna ley de la vida nos arrebatara algo que nos era muy querido y muy necesario, privándonos de aquellos seres venerados á quienes dominó la pasión del bien, y que tras cruenta lucha lograron vencer todas las dificultades que su limitación impone al hombre, y ahogar todos los estímulos del egoísmo, consagrándose sin tregua ni descanso al servicio de sus semejantes viviendo en un constante sacrificio, entonces todos, al ver perdido para siempre lo que por siempre quisieron conservar, siéntense hondísimamente conmovido y lanzan gritos de dolor profundo, que son la airada protesta del humano espíritu, contra la tremenda ley por la que todo debe convertirse en polvo; lo que fué, lo que es, lo que será.

Mas hay algo que nada puede destruir. En los espíritus superiores, ese rayo de luz divina que el hombre lleva aprisionado entre los huesos de su cráneo como diamante tallado por la mano omnipotente del Supremo Artífice, ha dissipado muchas sombras antes de extinguirse, y hecho nacer con su calor y sus fulgores muchos focos de luces esplendentes, que son como celestes luminarias, que guían al género humano en su incesante peregrinación en el tiempo y en el espacio.

Maximino Teijeiro, el sabio rector de la universidad compostelana al que lloran todos los que le amaron, que son todos los que le conocieron, fué uno de esos corazones abnegados siempre dispuestos para el bien;

uno de esos entendimientos privilegiados nunca oscurecidos por el error; una altísima inteligencia en constante y fraternal comunicación con sus discípulos, á los que entregaba íntegro el fruto espiritual de sus perseverantes estudios, de sus continuadas vigiliias, de su riquísima experiencia.

¡Qué hermosa la obra del maestro cuando santamente realiza su elevada misión! ¡Y qué sublime recompensa la que recibe en pago! Mientras vive nada es suyo, todo lo distribuye entre sus discípulos; analiza, investiga, reflexiona, y el hecho consumado, el principio establecido, la verdad descubierta, ofréceselos sin exigir nada en cambio, como obligado tributo al progreso de la humanidad. Mas cuando cesan los latidos de su corazón y se huela su cerebro y su lengua enmudece ¡ah! entonces empieza á vivir, aunque haya desaparecido su nombre; porque todos los que escucharon sus doctrinas, van ensanchando el círculo de las ideas que de él recibieron, y aumentándolas, y engrandeciéndolas, y depositándolas como germen bendito en otras inteligencias que á su vez las fecundarán haciéndolas fructificar cada vez más amplias, cada vez más numerosas, y así, multiplicándose un día y otro en serie indefinida, va realizándose contra todos los obstáculos que detenerle pudieran, el progreso del género humano.

Dichosos los que nunca mueren por que al desvanecerse entre las generaciones que van, su espíritu permanece y vive entre las generaciones que vienen.

ENRIQUE ZARATIEGUI

Catedrático del Instituto de Pontevedra

Pontevedra 10 de Junio de 1900.

Recuerdos viejos

Corría el mes de Septiembre de 1868 y el que suscribe estas líneas se fué á Santiago al final del mismo para continuar sus estudios de teología en aquel Seminario de San Martín, del cual era alumno.

La desastrosa política de González Bravo llevara las cosas á un estado tal que por todas partes se respiraban aires de revolución, sintiéndose profundamente conmovida la ciudad compostelana al sonido de cada bomba de palenque que se sentía estallar.

Reuníanse en la librería de Agra, Rua del Villar, los más decididos partidarios de la revolución y á ese centro iba también muchas veces el autor de este escrito, no *porque tuviese como estudiante vela en tal entierro*, sino por ser admirador y amigo íntimo de Murguía, uno de los más asiduos concurrentes.

Llegó el 29 de aquel memorable mes de Septiembre y un valiente telegrafista (creo se llamaba Aren) que estaba al habla con los revolucionarios de Santiago, soltó unas bombas en la estación telegráfica. Esta era la consigna, pues al poco rato circulaban por toda la ciudad telegramas de Madrid y Valladolid diciendo: «Madrid pronunciado, pueblo fraterniza con ejército. La reina entró en Francia. *Es la triste con-*

dición de los reyes que conculcan los derechos de los pueblos. ¡Viva la libertad! ¡Viva la soberanía nacional!» El efecto de tales telegramas solo viéndolo puede concebirse.

Los tertulios de Agra se lanzaron á las Casas Consistoriales, y reunidos allí con todos los que en Santiago fraternizaban con la revolución, constituyeron en pocos minutos una junta revolucionaria de que formaron parte los más decididos y valientes, repartiéndose también á poco rato, por la ciudad, una proclama llena de entusiasmo y patriotismo debida á la pluma de Murguía y que suscribían éste, Fernández Ulloa, Patricio Moreno, Teijeiro, Casares, Obaya, Herrero, Aguilar, Ochou, García Castro, Barreiro, Cardalda, La Riva, Agra, Loza y García Barros. La conservo con respeto entre mis viejos papeles.

La juventud escolar, siempre bulliciosa y simpatizadora siempre con lo que consigo lleva ruido y algazara, seguía la música por calles y plazas, subiendo á cada paso á las Casas Consistoriales. Yo también subí y asistí á las sesiones primeras de la junta, merced á mi buena amistad con Murguía, y allí tuve la honra de conocer y tratar á D. Maximino (manera que hubo en Santiago de llamar á Teijeiro), y desde entonces me honraba con su amistad. También desde aquel día Santiago proclamó á Teijeiro su ídolo, y solo viendo el entusiasmo popular por aquellas fechas, puede concebirse hasta donde llegó allí la influencia de ese muerto ilustre.

Narrar aquí las amarguras porque pasó, relatar las peripecias de su vida política, daría materia bastante para un libro, pero no siendo el que esto escribe el llamado á tal empresa, bástale consignar que, sea cualquiera el juicio que formen los santiagueses, en el orden político, del venerable Teijeiro, siempre habrá que reconocer que D. Maximino fué en su época, ó sea en aquella de la revolución en que se le ha combatido con más saña, la primera figura de Santiago por su honradez, por su caridad y por su ciencia en materias médicas. Por ello, quien como él se hallaba siempre al lado del menesteroso, y con desinterés desusado prestaba á todos los auxilios de su profesión, bien merece *un algo* que recuerde su paso por la tierra y recuerde también á la generación presente sus virtudes para que las imite, ya que los egoismos de ahora lo hacen todo necesario.

Muchos años han transcurrido desde la fecha que recuerda este escrito, y si Teijeiro era viejo, por ese camino va el que estos recuerdos le consagra.

Los firmantes del manifiesto han desaparecido casi todos, y por eso me era grato saludar á D. Maximino en la ciudad compostelana cuando á ella me llevaba algún asunto.

¡Coincidencia rara! Tres ó cuatro días antes de morir le encontré en la misma Rua del Villar y nos saludamos. Venía de comprar al librero Gali unos cuadernos de una nueva obra de medicina y me dijo: «Estos los llevo, pero aunque me suscribí á la obra otro recogerá los últimos, porque esto se va, amigo Salgado, y de prisa».

No supe que replicar porque me impresionó mucho aquel dicho, viéndole, en efecto, en gran estado de abatimiento y decadencia. Me

despedí conmovido del cariñoso amigo, y no he vuelto á verle...

El telégrafo, con su acostumbrado laconismo, me anunció su muerte y no pude menos de recordar los inmortales versos:

¡Cómo se nos vá la vida!
¡Cómo se viene la muerte
tan callando!

J. SALGADO

Ex-Gobernador civil de Lugo

Caldas de Reyes.



★ ★

Sensible pérdida acaban de sufrir la Universidad y el pueblo de Santiago con la muerte del nunca bastante llorado excelentísimo señor D. Maximino Teijeiro y Fernández.

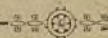
Fué su constante aspiración el bien de sus semejantes, y su fama, como hombre de ciencia y caritativo, traspasa los límites de España.

De su saber son prueba sus escritos publicados y en prensa, el elogio que le tributan sus numerosos discípulos y la gratitud que le profesan cuantos pudieran experimentar los efectos de su pericia facultativa, como el que escribe estos renglones, bien es verdad que con el ánimo apenado y sin tiempo apenas para pensarlos.

Y de su caridad, siempre inagotable, es muestra elocuentísima el clamor general de una región, que se honra en bendecir la memoria del que tantos consuelos le tiene prodigado en sus dolencias y necesidades.

RAMÓN G. DE LA PEÑA Y QUIROGA

Catedrático de Derecho



Efemérides de la Universidad de Santiago

Señala este periodo académico que vamos atravesando, un curso de tristes efemérides para la Universidad compostelana.

D. Alfredo Brañas, D. José Andrey y don Maximino Teijeiro representan, al desaparecer de la corporación docente en donde por espacio de tantos años vinieron difundiendo la enseñanza, algo más que los nombres de tres catedráticos, representan y significan; mas en el desenvolvimiento de la ciencia, son tres tendencias, la del pasado, la del presente y la del porvenir.

El exdecano de Medicina Sr. Andrey, significaba dentro de las ciencias médicas aquel glorioso pasado de los antiguos sistemas y doctrinas médicas, sintetizado en un filosófico y sincrético eclecticismo.

El rector de la Universidad de Santiago señor Teijeiro, era como médico, un distinguido representante de la Medicina modernista, que abraza todos los descubrimientos maravillosos de las ciencias físico-naturales y sus métodos experimentales y positivos para realizar con el hombre y con el *cosmos* la unidad viviente.

El joven catedrático de la facultad de Derecho Sr. Brañas, significa, dentro de sus estudios

sociales y económicos, el advenimiento del derecho á todas las clases sociales y el llamamiento á la vida del Estado de todos los nuevos pueblos.

Por eso Andrey, además de ser médico-filósofo, era un coleccionador inteligente de cuadros, grabados y monedas, como si en todo quisiera interpretar el secreto de las épocas pasadas.

Por eso D. Maximino Teijeiro no sólo era médico insigne sino también biólogo, físico y químico y sintiendo á toda hora el atractivo del laboratorio.

Por eso D. Alfredo Brañas no sólo era sociólogo y economista, sino también orador y poeta como tenía que serlo un profeta de las nuevas sociedades, un apóstol de lo porvenir.

Los hombres pasan; pero las tendencias quedan, las ideas no mueren.

Dentro, pues, del *alma mater* de la Universidad compostelana han de subsistir mientras ésta viva, los altares en donde se conservará inextinguible como el fuego de las vestales el culto inmortal de los espíritus á lo pasado, á lo presente y á lo porvenir y con estos cultos la imperecedera memoria de Andrey, de Teijeiro y de Brañas.

LUIS RODRÍGUEZ SEOANE

Catedrático de Medicina

La vida de la Humanidad, de las razas y de los pueblos, como la vida de las generaciones y de las sociedades distingue y se caracteriza por un hecho producto y resultado de la labor de todos en la constante obra del progreso, en el combate eterno entre la luz y la sombra, entre el recuerdo de lo que fué y la aspiración de lo que debe de ser. En esa lucha gigantesca hacia la perfectibilidad humana, levántase por cima del anónimo montón la figura de un genio, una escuela, una secta, que personifican una idea, una aspiración redentora en el inmenso mundo del pensamiento, ya penetre éste en los archipiélagos siderales ó en el mundo de lo abstracto, arrancando sus secretos á la naturaleza para hacerse dueño del vapor y aprisionar la electricidad; ya vaticine los cambios atmosféricos, descubra la circulación de la sangre, estampe en plateada y argentina plancha nuestro rostro, transforme los equilibrios del principio constitutivo de los cuerpos, crie con el microscopio la inmensidad de lo pequeño, ponga la palabra al alcance de las distancias, aumente y multiplique los medios de producción...

La ciencia tiene, como la religión, sus mártires, como los ejércitos sus héroes, como los pueblos sus revoluciones, como los imperios su periodo de grandeza ó decadencia.

Y en los torneos contra la ignorancia, lastre muy pesado, enemigo temible y poderoso, fué D. Maximino Teijeiro un constante combatiente, un soldado aguerrido que sucumbió arma al hombro como buen hijo de esta patria que dió tantos mártires á la santa religión del Crucificado como combustible á las hogueras de la inquisición.

La caridad ha perdido un filántropo, España un sabio, Galicia uno de sus hijos más precla-

ros y la universidad compostelana viste luto porque con Teijeiro pierde uno de sus miembros más ilustres.

J. N. DE COUTO

Catedrático del Instituto de Orensae

¡TEIJEIRO!

¡Esclarecido gallego, honra de la hermosa región que le vió nacer!

Aún me parece que le estoy oyendo.

En ocasión de haberse querido honrar con el nombramiento de delegado por esta provincia en la memorable Asamblea Pedagógica celebrada en Pontevedra en 1894, tuve el grato placer de estrechar aquella mano benéfica que tantas veces había tendido al desgraciado indigente que carecía de recursos para alimentarse ó curar sus dolencias.

Recuerdo, como si fuera ayer, que ocupó la presidencia breves momentos y nos habló, sí, nos habló con una voz grave, melodiosa, con un acento sincero, sencillo, persuasivo, afable, como emanado de aquel encanecido profesor que, como si estuviera en su cátedra, dijo, entre otras cosas, á los allí congregados, que le contemplábamos con admiración y respeto:

«Me congratulo sobremanera de ver reunidos en este recinto á los ilustrados representantes del Magisterio primario de Galicia, Asturias y Leon. Os saludo y felicito. Necesitais poseer una paciencia evangélica con los niños; vuestro laborioso trabajo, mal recompensado ciertamente, necesita de claro entendimiento y decidida vocación para procurar adelantos en la niñez, cultivando esas tiernas inteligencias puestas á vuestro cuidado, pero tened en cuenta (ahora os hablo como médico) que en esas criaturas existe un organismo tan débil que, si los apuráis demasiado en los primeros años de la enseñanza, con el exceso de trabajo intelectual, el más pequeño vaiven puede dar lugar á un desorden, un desarreglo en sus facultades mentales y, entonces, las consecuencias serían funestas.....»

¡Sabio Teijeiro! Quien nos había de decir á los que le escuchábamos con religioso silencio, que no le habíamos de volver á oír, que antes de seis años aquella naturaleza vigorosa, aquella eminencia en la cátedra y en la ciencia de Galeno, había de desaparecer para siempre.

Solo queda el recuerdo imborrable de sus innumerables obras caritativas, de sus curas prodigiosas, de sus sabias lecciones, de sus obras imperecederas en el corazón de tantos desgraciados socorridos con pródiga mano, de tanto enfermo en peligro salvado, de miles de discípulos aprovechados y de cuantos, en suma, han tenido ocasión de tratarle.

Galicia, España, la Europa entera ha perdido un sabio, pero un sabio modesto y humilde; un hombre caritativo, pero con la caridad predicada por el Evangelio.

¡Dios le recompensará con creces en el cielo!

LUCIANO F. BELLO

Maestro de Baltar

Baltar, Junio 15 de 1900.

*
*
*

imagen resaltando en el negro féretro, paréceme ver todavía aquel cuerpo inerte y aquel rostro de bondad inmensa, pienso mil veces en que he acompañado su cadáver hasta donde hoy descansan sus frios restos, y en momentos dudo de tan triste realidad.

¡Mi maestro, mi querido profesor, aquel sabio hombre ha dejado de existir y ya sus palabras no iluminarán nuestra inteligencia, ni sus lecciones guiarán nuestros pasos hacia el descubrimiento de la verdad clínica!

Sólo su recuerdo alentará á sus alumnos en el difícil laberinto de la Medicina, todos leemos con mezcla de admiración y tristeza sus grandes lecciones, pero en la duda, ante el caso de difícil diagnóstico ¿á quién acudir con seguridad tanta, si ha muerto aquel que con dos palabras nos pondría en el camino de fácil solución?

¿Llorarlo? ¡qué poco significa esta palabra! ¿Recordarlo? ¡Quién no lo hará! ¿Orar por su alma? ¡Todos oramos! Y tanto como parece ¡cuán poco es para aquel que tanto en beneficio nuestro ha hecho y para aquel que dió impulso y vigor á nuestras pobres ideas y base á nuestros estudios, con cariño de padre y desinterés tan grande como la bondad de su alma y lo admirable de su talento!

¡Descansa, descansa, sabio maestro; repose tu alma como merece por tanto bien como á la humanidad has hecho, por tanto coma has querido al pobre, al desamparado, por tanto como has endulzado los últimos momentos del agonizante, por tanto desvelo como por tus alumnos has tenido, y nosotros los que quedamos aquí hablando de ti á todas horas, los que ante el enfermo sin darnos cuenta vemos surgir tu figura respetable y parécenos todavía oír tu voz descifrando para nosotros el problema más intrincado, tus discípulos, en una palabra, no dejarán un momento de pedir al que rige nuestros designios, paz y descanso eterno á su lado para quien en el mundo de los vivos tenía por lema amor y ciencia y un corazón tan grande como la pena que hoy embarga á los que secos sus ojos de llorar por tí, solo les queda el consuelo de la oración y el recuerdo siempre triste de que tantos días de gloria dió á la Medicina y del que tantas vidas arrancó á la muerte.

DARÍO A. LIMESES

Alumno de Medicina

El Dr. Teijeiro ante la medicina

La ilustre Universidad compostelana, hoy cubierta de fúnebres crespones, llora la muerte de uno de sus más esclarecidos hijos, del sabio médico Excmo. Sr. D. Maximino Teijeiro.

Dotado de un talento extraordinario y de una virtud intachable, era el Sr. Teijeiro una gloria nacional, pues su nombre había conseguido traspasar nuestras fronteras y tanto en Francia como en Alemania, en donde la ciencia, evolucionando de una manera vertiginosa,

Acude á mi mente el recuerdo de su pálida ha alcanzado grandísimo desarrollo, se le distinguía con el calificativo de eximio clínico.

Hoy no nos quedan de él más que tristes despojos sobre los cuales ha llorado todo un pueblo agradecido, pues nadie en Santiago ni en nuestra Galicia, ha dejado de recibir los favores que su liberal mano constantemente hacía, pudiendo asegurarse que apenas había un pueblecito de nuestra querida región que aquel sabio médico no haya visitado, llevando la felicidad y la dicha en ocasiones angustiosas, pues dicha y felicidad son la devolución de la salud perdida á los seres que nos son queridos.

Y esto, á pesar de ser llamado á última hora, casi siempre lo conseguía aquella inteligencia privilegiada, en quien los más áridos problemas de la clínica encontraban fácil y pronta resolución con una sencillez y una claridad que admiraban.

Discipulo predilecto del gran clínico Sr. Varela de Montes, de quien aprendió el difícil arte de curar, continuó el Dr. Teijeiro enriqueciendo sus conocimientos, ya con la asidua observación clínica, para la que tenía raras aptitudes, ya con el continuo estudio teórico al que por completo consagraba los momentos que su ya dilatada clientela le dejaba libres; y de esta manera siguiendo paso á paso la evolución que la ciencia ha experimentado en estos últimos años, ha llegado á consecuencia de las doctrinas pasteurianas, ha llegado á colocarse á la cabeza de los más notables clínicos.

Modernista como el que más, y no dejándose llevar de imprudentes entusiasmos, era de los primeros en buscar la sanción clínica de los conocimientos teóricos y sólo entonces, con cariñosa solicitud, presentaba á sus discípulos los caminos trillados, advirtiéndoles lo peligroso de los extravíos y en donde éstos se hallaban.

Nunca nos aproximábamos á él, con objeto de averiguar cualquier detalle de alguna teoría reciente ó de algún nuevo medicamento, sin que con aquella amabilidad, en él tan característica, satisficiera nuestra curiosidad, admirando cada vez más lo profundo de sus conocimientos.

Carecían sus explicaciones de esos giros de lenguaje, verdaderos recursos de oratoria con que se entretiene y atrae el ánimo de los oyentes; porque amante de la ciencia, de la que era austero sacerdote, no quería más galas que la profundidad de sus conocimientos, ni más formas que la verdad misma, siendo por eso sus conferencias oídas con religioso recogimiento.

Pero donde había que admirar sus dotes excepcionales, era á la cabecera de los enfermos: ¡qué habilidad tan grande para recoger los síntomas! cada una de sus concisas preguntas entrañaba la resolución de un problema clínico; ¡qué delicadeza en las exploraciones cuyos métodos le eran tan familiares! ¡qué sagacidad en el descubrimiento de la verdadera causa! y qué conceptos tan elevados cuando remontándose al encadenamiento de los síntomas, nos hablaba de las lesiones primordiales que los originaba!

Como consecuencia de dotes tan raras y de tan profundos conocimientos, eran sus notables

diagnósticos tan exactos como precisos y tan generales que para él no había ninguna especialidad que le estuviese vedada, como lo comprueban las cartas de Charcot, Vecker y otros que no recuerdo, que en más de una ocasión he tenido la satisfacción de leer.

Pero como si todo esto fuera poco, lo vemos como terapeuta á una altura elevadísima. Farmaco-terapeuta en un principio y dotado de un gran espíritu observador, fué poco á poco modificando sus conocimientos teóricos á la cabecera de los enfermos y aquilatando lo que debe de esperarse de los medios farmacológicos. Entonces y después de sufridos varios desencuentros, los medios higiénicos han llamado poderosamente su atención y estudiándolos de una manera muy profunda los aplicaba á los enfermos, combinándolos con tan pasmosa habilidad, que sus curaciones revestían la apariencia de lo fantástico. Muchísimos son los casos que como curas maravillosas obtenía por estos medios; pero entre ellos, la curación completa de un niño afectado de coxalgia á quien en Madrid iban á verificar la resección de la cabeza del fémur, me llamó poderosamente la atención, tanto más cuanto que aquella se obtuvo en pocos meses.

No era expectante á la cabecera de sus enfermos como muchos equivocadamente creían y nada mejor para modificar esta opinión que sus mismas palabras que no hace mucho tiempo me dirigía: «dicen que soy expectante, como si las condiciones en que colocamos á los enfermos y los alimentos y bebidas que les disponemos y en los que tengo más confianza que en la mayor parte de los medicamentos de la farmacia, fuesen letra muerta.» Era, pues, higio-terapeuta por excelencia, sin desdeñar por eso el empleo de las sustancias medicamentosas cuando éstas tenían una verdadera y formal indicación.

Por todo esto nosotros debemos considerar al Dr. Teijeiro, sinó como el único inventor de una escuela, al menos como su mejor apóstol.

Estas ideas tuyas las vemos perfectamente retratadas en las notables publicaciones *Breves reflexiones sobre la Sífilis* y *La Terapéutica que se impone*, trabajos que, si bien es cierto son pequeños en volumen, son muy grandes por la doctrina que encierran y por el grandísimo partido que de ellos puede sacarse.

Ahora, cuando empezaba á dar á conocer, por medio de la imprenta, el resultado de su tan dilatada como brillante práctica, baja al sepulcro doblemente llorado, ya por sus virtudes relevantes ya como hombre de gran ciencia con el que terminarán sus notables publicaciones, que tanto fruto podían reportar á la ciencia médica.

Los que hemos tenido la dicha de aprender sus sabias doctrinas y de cultivar á su lado el difícil arte de curar, debemos proseguir la labor de aquel gran hombre, para que con orgullo podamos decir algún día que hemos sido sus discípulos é imitadores.

NARCISO CARRERO

Doctor en Medicina y Cirujía



El sabio ha muerto; el esclarecido apóstol de la ciencia médica ya no existe; el benefactor de la humanidad doliente tendió sus irisadas alas y se remontó á las etéreas regiones; el caballero sin mácula, el egregio discípulo de Hipócrates, el profesor querido, el jefe respetable ha sido arrebatado por la segur impía de la escena de la vida y ha traspuesto los umbrales de la eternidad.

Ved como la ciudad santa de Occidente, la Atenas gallega, rasga sus vestiduras en señal de duelo y plañe desconsolada; observad á la ciudad del Cabe como gime por el hijo amado, y como madre amantísima esculpe sentido recuerdo á su memoria; fijáos en Galicia entera, y la veréis llorar inconsolable la pérdida de uno de sus predilectos hijos; tended la vista por España, y la encontraréis contristada al ver desaparecer del luminoso cielo de la ciencia un astro de primera magnitud; trasponed la frontera, y veréis á los génios más ilustres de las Escuelas de París y Berlín lamentarse acerbamente por la pérdida del clínico eximio.

¿Y quién es ése por el que la vetusta ciudad del Apóstol plañe, Monforte gime, llora Galicia, España se contrista y las más altas eminencias extranjeras sienten duelo?

Ese es un sabio, cuya vívida y fulgurosa luz acaba de apagarse; sus obras le recuerdan; ese es un apóstol de la ciencia, que desde su cátedra de Fonseca derramaba á torrentes sabias doctrinas: la numerosa falange de sus discípulos lo atestiguan; ese es un bienhechor de la humanidad dolorida, un amigo del enfermo pobre que en él pierden un padre: el aura popular lo testimonia; ese es el caballero modelo, el profesor querido, el rector inolvidable: el respeto y cariño que se le profesaba, de consuno lo evidencian.

¿Adivinas ahora, lector querido, quien es esa ilustre personalidad que acaba de fenecer?

¡Ah! sí; te oigo exclamar: ¡Ese es el excelentísimo Sr. D. Maximino Teijeiro Fernández, rector de la Universidad compostelana!

Postrémonos, pues, de hinojos ante la tumba en que, como en nimbo de gloria, descansan los inanimados restos del Dr. Teijeiro; y, procurando emular sus virtudes, elevemos al Cielo fervidas plegarias por su eterno reposo.

Lo único que los vivos pueden hacer por los muertos.

JOSÉ M.^a GONZÁLEZ

Maestro de Queiroas.

A TEIJEIRO

En el último hueco consagrado á tu memoria, quiero estampar unas líneas.

No habla en ellas un cantor de tus glorias, ni un admirador de tus virtudes, ni un testigo de tus triunfos.

Aquí stampa un adiós á tu novilísima persona, uno de tus favorecidos.

En las regiones infinitas llegarán a ti como dulces melodías las voces de los que ensalzan tus hechos y cantan tu saber; en este concierto no habrás de desdenar una nota humilde, apagada, pero que vibrará mientras aliente una vida: es la voz de un agradecido.

Yo, como otros mil, he necesitado de tu ciencia en bien de una persona amada. Pródigo en sabiduría y en bondad no me la negaste, y como premio á pesado trabajo quirúrgico me exigiste tan solo *que no volviese á acordarme de tus bondades*.

¡Y qué mal te he pagado! Lo único que tu me pediste me ha sido imposible concedértelo!

El recuerdo de aquel día en que te parecía que nada me dabas y á mi se me antojaba que te debía algo más que una fortuna, la dicha, no se ha separado un instante de mi mente.

Con él he buscado las huellas de tus pasos gozando con tus dichas, sufriendo con tus penas. Con él seguí ansiosamente tu traidora dolencia. Tan solo se borró á la horrible noticia de tu muerte.

Pero, cosa extraña, ha vuelto á renacer doblemente, claro, profundo y ya imborrable. Con él se confunde tu imagen venerada.

¡Cuántas almas reconocidas guardarán idénticos recuerdos!

¡Ah!... Bien puede asegurarse que ellos serán más constantes y más firmes que los ecos de tu fama y la fama de tu nombre!

En mil corazones vives y alientas, y cuando víctimas como tú cesen sus latidos, las almas que los rigen volarán hacia el mundo en que habitas y habrán de buscarte para que les sirvas de fiador de una virtud: la del reconocimiento.

Y he ahí como tú, que á su cárcel de carne has hecho un beneficio; con él lograste otro mayor para su espíritu.

Te soy deudor, pues, de un grande bien y logro al pagártelo un bien más grande.

¡Esta me parece la mejor alabanza á tu grandeza!

GERARDO ALVAREZ LIMESES.

Orense.

A NUESTROS LECTORES

Por diversidad de opiniones acerca de la forma en que EL MAESTRO GALLEGO debía tratar los asuntos que afectan al Magisterio, ha dejado de pertenecer á esta Redacción D. Pio R. Ojea, según carta que al director de este periódico remitió y en la cual le comunicaba la indicada resolución.

A consecuencia de esto, reunidos los demás señores que componían la Redacción de esta revista han decidido romper la sociedad formada en un principio para administrar y redactar el periódico, toda vez que uno de sus redactores así había estimado oportuno hacerlo.

Desde hoy, pues, EL MAESTRO GALLEGO, pertenece á los señores que figuran en la cabeza del periódico y á ellos deben dirigirse los suscriptores para cuanto estimen oportuno.

Creemos innecesario hacer constar que nuestra revista seguirá sosteniendo los compromisos contraídos con la Asociación provincial del Magisterio, para la cual dejaremos reservada una plana de cada número á fin de que por medio de ella pueda comunicarse con los asociados, toda vez que los representantes de aquélla en esta Redacción dejan de pertenecer á la misma.

También debemos manifestar que el periódico seguirá la misma marcha administrativa, con la pequeña reforma introducida en las cuotas semestrales, en sentido favorable para los suscriptores.

En cuanto á su estructura y á sus fines, EL MAESTRO GALLEGO, será principalmente un periódico de información y pedagógico. Creemos que esto es lo que interesa á los maestros y nos ahorraremos campañas, en nuestro juicio contraproducentes la mayoría de las veces.

Esto no quiere decir que dejemos abandonados los intereses morales y materiales de nuestros compañeros. Significa sencillamente que no gastaremos la pólvora en salvas.

Por último, debemos manifestar á nuestros lectores que al disolverse la antigua Redacción de EL MAESTRO GALLEGO, sus redactores se han separado con el mayor afecto, sin que entre ellos quede otra cosa que lazos firmes de compañerismo y amistad, que la separación no ha alojado.

Los Sres. Ccutto, Alvarez y Ojea, seguirán prestándonos como colaboradores su importantísima ayuda.

Y ya que desde hoy no pertenecen á esta Redacción, justo es que les demos público testimonio de nuestra gratitud, por el desinterés, constancia y afecto con que hasta aquí nos han ayudado en nuestras tareas.

En otros números verán los lectores las reformas que pensamos introducir en este periódico, de las cuales creemos que es el presente número manifestación elocuente, y con las que procuraremos resarcirles de la falta del correspondiente al 23 del actual, que no publicamos porque hasta hoy no se había decidido el nuevo rumbo que había de tomar nuestro periódico.

LA REDACCIÓN.

Imprenta y Papelería LA POPULAR

OBRAS

DE

DON J. DALMAU CARLES

Se venden en todas las buenas librerías de la Península, Baleares y Canarias, y en Orense, en la de Don José Alvarez Vázquez, Plaza Mayor, 13.

El autor, Mercaderes, 8, pral., Gerona, remite gratis ejemplares de muestra de todas las obras para el niño.